

Juegos indiscretos

E. H. Coven

-Creo que me estabas contando qué tal tu día -dice retomando la conversación cuando vuelvo del baño.

Me relamo los labios y miro alrededor con inquietud. Estamos en la mesa más apartada de la cafetería, en un discreto rincón. Desde su asiento puede ver todo el local y yo, frente a él, tan sólo tengo la cristalera que da a la calle a un lado y el pasillo que lleva al baño al otro. Sin embargo, siento que todos los ojos de la cafetería están en mi nuca. Mi imaginación me juega una mala pasada y me hace visualizarles a todos girándose hacia mí con conocimiento, como si pudieran saber lo que acabo de ponerme en el aseo de señoras.

La vibración comienza sin previo aviso y se me escapa un jadeo por la sorpresa que no llego a tiempo de ahogar con las manos, pero igualmente me cubro la boca avergonzada. Dios mío, me tienen que haber oído. Se van a dar cuenta si no se han dado cuenta ya. ¿Nadie está oyendo la vibración? Porque yo siento que tengo el motor de un coche entre las piernas avisando a todo el mundo con su sonido de lo que está pasando frente a ellos sin demasiado disimulo.

Me remuevo en el asiento por los nervios y eso sólo me hace más consciente del juguete en mi interior, vibrando al mismo tiempo en mi clítoris y en mi punto G. Él tiene las manos bajo la mesa y no me hace falta demasiada imaginación para suponer que es para disimular en su mano el mando a distancia. La idea de no saber cuándo va a tocar alguno de los botones me hace sentir tan vulnerable como excitada.

-Te noto un poco distraída -comenta dando un trago a su café.

El mío se está enfriando delante de mí pero ya no le veo sentido a tomarlo. Ya me está provocando él una taquicardia sin químicos de por medio.

-¿Por qué será?

No tengo claro si intento sonar casual o juguetona. Las palabras no pasan ningún filtro al salir y siento que al final he sonado algo vacilona. Pero él sonríe aceptando el guante.

-Perdona, debo de estar aburriéndote. Intentaré ser más interesante.

Y la vibración sube de intensidad. Hago una mueca y clavo los dedos en la madera del banco. Él disimula una sonrisa en su taza pero sé que no trata de ocultarla realmente y esta vez tengo la sensatez de no entrar al trapo.

-¿Qué tengo que hacer? -pregunto con un hilo de voz.

Necesito entender el juego al que estamos jugando. Está claro que la idea no es acabar follando sobre la mesa en plena cafetería -aunque la idea empiece a ser tentadora por culpa de la insidiosa vibración-, así que necesito entender a dónde lleva esto; prepararme mentalmente. Si la idea es que aguante con esto puesto varios minutos necesito hacerme a la idea.

-Podrás *hacerlo* si me das la hora. Sabré interpretar que te estarás rindiendo.

Baja la voz, pero aun así habla en “clave” por si alguien nos escucha. Ni siquiera miro la hora porque asumo con prepotencia que no me hará falta rendirme. Asiento con la cabeza, solícita, antes de darme cuenta de que me faltan instrucciones. Demasiado pronto se me está embotando la cabeza.

-Pero... ¿y si no “te doy la hora”?

-Entonces tú ganas.

Y sonrío. Sonrío, con esa sonrisa canalla que me estremece de arriba abajo, que habla de promesas profanas de dolor y placer. Con esa voz grave y pecaminosa por la que haría cualquier cosa porque cada susurro es una caricia en mi mente y mi alma.

No necesito saber más porque ya me lo estoy imaginando yo sola. Porque, para bien o para mal, soy lo bastante competitiva para querer ganar y lo bastante lista como para saber que si gano ese premio valdrá más la pena que un mal orgasmo en una cafetería. La sola idea de volverme a casa derrotada, con las bragas empapadas y acabar allí el juego es suficiente aliciente como para terminar de motivarme. No voy a perder.

-¿Cuánto tiempo?

Su sonrisa adopta un tinte mezquino y niega con la cabeza muy despacio. No me lo va a decir. ¿O no hay límite? Me da un ramalazo de pánico. ¡Mi aguante no es infinito! No puedo estar así

hasta que cierren la cafetería. Necesito un número para enfocarme en verlo disminuir hasta desaparecer, algo en lo que concentrarme. Una maldita tabla salvavidas para no ahogarme en la humedad que pronto va a inundar toda la cafetería a este paso.

-Amo... -gimoteo.

Él niega con la cabeza. Su gesto es más serio ahora.

-Aquí no.

Maldigo mentalmente mi torpeza enajenada. Si me oyen llamarle así pegarán la oreja los más cercanos y lo último que quiero es que algún cotilla sepa lo que estamos haciendo. Si bien me da morbo jugar en aquel lugar, no tengo el más mínimo deseo de ser pillada haciéndolo.

La vibración cambia sin previo aviso de nuevo, esta vez para volverse intermitente. Intento controlar mi respiración mientras miro a todas partes, paranoica. Quiero preguntar si realmente no se oye nada porque tengo la sensación de que la vibración resuena como un tambor preparando el redoble del orgasmo que voy a tener que contener; pero sé que si lo hago será tan cruel de decirme que sí, que todos deben de estar oyéndolo, sólo para deleitarse en mi nerviosismo y el rubor que sin duda se me está extendiendo por las mejillas. Me obligo a confiar en que él tampoco quiere ser pillado de esa guisa y que no pondrá una potencia que puedan oír las mesas de alrededor. Esa fe es lo único que ahora mismo me mantiene con cierta calma.

-Ah, y una cosa más -deja caer en tono casual-: si alguien se da cuenta de lo que está pasando, pierdes.

Mi fe se tambalea por un momento. ¡No será mi culpa si oyen la vibración! Pero no confié en mi voz para protestar en ese momento. Temo jadear sin querer si lo intento.

-Tienes suerte de estar de espaldas, ahora mismo se te nota todo en la cara. Y juraría que puedo olerte desde aquí.

La cara me empieza a arder de la vergüenza. Estoy a un... Vamos a decir que un 95% de confianza de que está exagerando para ponerme nerviosa. Porque es un sádico cabrón y está disfrutando de poner a prueba mi vergüenza y mi timidez; porque me está empujando contra las cuerdas para obligarme a rendirme aunque sea por una cuestión de resistencia mental más que de resistencia física.

Va a jugar fuerte desde el principio.

Me obligo a cerrar los ojos un instante y contar hasta cuatro antes de soltar el aire que retengo a duras penas con cada inspiración. Puedo hacerlo, me digo a mí misma. No es distinto de cuando jugamos en casa. Estoy de espaldas a todos, nadie tiene por qué verme. Sólo tengo que evitar abrir la boca para que nadie me oiga y controlar la respiración.

-¿Y qué tal el libro ése que te estás leyendo?

Oh, venga...

-Bien -suelto escueta.

-¿Nada más?

-¿Muy... bien?

Es el doble de palabras pero los dos sabemos que eso no basta. La vibración se vuelve más urgente y me muerdo el labio por dentro para reprimir los deseos de gemir. Tengo la leve esperanza de que mi pudor sea más fuerte que mis ganas y que no sea capaz de correrme en un sitio así ni queriendo, demasiado angustiada por ser vista u oída. Pero aquel aparatito del infierno parece creado por el mismísimo Lucifer para el pecado y al cabo de un par de minutos no lo tengo nada claro.

Antes de empezar a plantearme cómo suplicar de forma encubierta que baje la potencia lo hace por sí mismo, quizás demasiado acostumbrado a leer mi lenguaje no verbal. Sin embargo, eso no es sinónimo de piedad en este juego.

-Ve a la barra, por favor. Pídeme algo para acompañar el café.

No. No, no, no. Por favor, sí seguro que estoy mojando el pantalón. No puede hablar en serio. Pero espero un eterno minuto con cara suplicante y él no se retracta.

-¿Necesitas un aliciente para ir más rápido?

Me pongo de pie con un salto digno de gimnasta. Si vuelve a subir la potencia no estoy segura de ser capaz de andar.

-Es que no... No me has dicho qué quieres -remoloneo.

Aún tengo la esperanza de que me diga que es broma y me pueda sentar de nuevo. Al moverme me hago muy consciente de la humedad de mi ropa interior y, si bien antes podía estar vacilándome, ahora estoy convencida de que yo misma estoy oliendo mi excitación a través de la tela del pantalón. No estoy segura de poder mirar a nadie a la cara ahora sin sentir que tengo un cartel luminoso en la frente que grita lo excitada que estoy.

-Un croissant. Y que te lo calienten -añade con regodeo.

Eso por tonta. Podría haberle echado malicia y haber pedido algo rápido para volverme a la mesa sin demasiada tortura por el camino y por hablar he tirado a la basura mi cheque en blanco. Aun así, aprieto los labios y trato de mostrar algo de dignidad.

-Perfecto -contesto tratando de sonreír con una seguridad que no siento.

Intento fingir incluso para mí misma que no estoy sintiendo una vibración atroz entre las piernas que me está volviendo loca. Un pie delante de otro hasta la barra y sonrío tratando de recordar cómo se interactúa con normalidad con otros seres humanos. Carraspeo antes de pedir el bollo para tratar de evitar que mi voz suene demasiado aguda y reprimo con todas mis fuerzas la necesidad de apretar los muslos. Aliviar la incomodidad sólo me hará más consciente del juguete y seguramente dé una pista de lo que me está pasando a media cafetería. Eso si es que no estoy goteando, porque tengo la sospecha de que voy dejando un sendero de humedad tras de mí como un caracol lujurioso.

Tengo la impresión de que el camarero ha decidido hornear croissant de cero en vez de calentarlos porque tardar tanto es un insulto a la paciencia. Y, tras lo que siento que han sido horas, el camarero vuelve y me pregunta si quiero mermelada o mantequilla para acompañarlo.

Abro la boca para contestar y la vibración pega una subida brusca. No sé cómo consigo no gemir pero el precio es quedarme con cara de idiota y muy rígida durante demasiados segundos. El camarero debe de pensar que soy medio tonta y a mí me entra una risa nerviosa que no lo arregla en absoluto.

-¿Las dos?

¡Me quiero morir! Este momento sustituirá en mis pesadillas el resto de mi vida lo de aparecer en el trabajo desnuda. Estoy segura de ello. Pero el camarero ignora mi sufrimiento interno y me tiende las dos cápsulas de plástico antes de pasar a otro cliente sin mediar una sola palabra

más. No puedo estar más agradecida de que sea un borde porque cualquier otra cosa me habría hecho creer que me había pillado in fraganti.

Vuelvo a la mesa y dejo el plato frente a él antes de sentarme en mi banco. La vibración cesa y respiro hondo. No sé si se ha agotado la batería o me ha dado una tregua pero la boca me puede antes de que me plantee si es correcto hacer caso a la curiosidad.

-¿Has terminado?

Si es que soy tonta, ¿no te lo he mencionado? No sé en qué momento he decidido que era una buena idea decir nada con ese tonito vacilón mientras doy un trago a mi café, en plan casual, como hace él. Y qué rabia me doy ahora mismo por ser tan bocazas. Porque ya estoy muy cerca de mi límite, y no soy tan ingenua como para creer que él no lo nota, así que esta sobrada me va a salir muy cara.

-Me encanta tu optimismo.

Y, esta vez sin disimular bajo la mesa, toca algo en la pantalla táctil de su teléfono y lo deja a un lado del café, con la tranquilidad de no necesitarlo a mano. Todo mi cuerpo se crispa cuando empieza la nueva configuración. No sé qué opción es ésta, pero está intercalando distintos ritmos de forma anárquica y la potencia se está encargando de castigar mi genio rebelde.

Intento controlar la respiración pero no puedo. Tan sólo aprieto los labios y bajo la cabeza, queriendo evitar que nadie me vea la cara con la cascada de pelo que se derrama hacia delante con el gesto. Me aferro al asiento como si fuera un coche a demasiada velocidad. Puede que lo sea porque empiezo a tener hasta vértigo. Ya apenas soy capaz de dejar de moverme en el asiento, contoneando la cadera y apretando los muslos como un extraño baile hiperactivo. Es demasiado...

Aprieto los dientes y lucho. ¡No voy a perder! Soy demasiado terca para eso. Intento alejar mi cabeza de este momento, dar de lado a mi propio cuerpo, ignorarlo. Me concentro en otra cosa, como si estuviera en un control de alcoholemia.

Z... W... No, espera... X, Y y Z. Así que es Z, Y, X... Luego W, V...

No consigo llegar más lejos recitando el alfabeto a la inversa antes de notar cómo la potencia baja de golpe unos segundos antes de volver a subir bruscamente hasta, lo que supuse, debía de ser el máximo o andarse cerca.

-Quédate aquí -me advierte.

-No me he movido -protesto.

-Pero intentabas irte. Te quiero aquí, en cuerpo y mente. Los dos son míos.

Su voz suena tan oscura y territorial que atenta contra mis defensas y por poco no me dejo llevar. Su mirada es severa y sé que si estuviéramos en otro sitio más íntimo me estaría cogiendo del pelo para obligarme a mirarle. Me obligaría a admitir en voz alta que soy suya, de la forma que él quiera, antes de besarme con furia, mordiendo mis labios y profanando mi boca.

Todo mi cuerpo se estremece por el recuerdo de su contacto y se me escapa un suspiro necesitado. Quiero que me toque. Lo necesito. Me duele la piel de la ausencia que siente. Necesito que me acaricie, que me arañe, que me pellizque, que me azote. Lo necesito todo. Me estoy muriendo por sentir cómo me clava los dientes en el hombro mientras me penetra con violencia como un par de animales en celo.

Mi vista se abalanza contra puerta de los lavabos y fantaseo con hacerlo yo. No me veo capaz de salir de aquí en este estado. Si ahora me dice de ir a los baños no habrá pudor que me impida seguirle y dejarme empotrar contra la pared. He perdido todo mi autocontrol.

-Por favor... -suplico.

-¿Qué?

-Por favor... -me limito a insistir, deseando que simplemente pueda leer mi mente porque ya no soy capaz de formular frases complejas.

Pero toda la voluntad que yo no tengo la tiene él. Dista mucho de tener pena por mí, porque es obvio que está disfrutando con las vistas. Estoy segura de que la mesa oculta su durísima erección, pero pensar en eso sólo hace que yo me ponga peor y gimoteo frustrada.

-¿Qué hora es?

Miro hacia su móvil y a él con confusión, antes de recordar que ésa es la señal para rendirme. Aprieto los dientes con mi orgullo herido. No quiero. Pero tampoco puedo más. Y si me corro por accidente no sólo perderé sino que seguramente haya un castigo después. Me empiezo a desesperar, incapaz de resolver el pulso entre mi dignidad y mi lujuria. Soy una mente luchando contra un cuerpo y la guerra está perdida desde que empezó, porque él está manejando mi cuerpo y en este campo de batalla no tengo nada que hacer contra él.

Aprieto los dientes con frustración y los ojos se me recargan de lágrimas. Mis hormonas están haciendo estragos en mí y me piden que me corra o que grite o que haga algo, pero aquí hay demasiada gasolina, un porrón de cerillas y algo habrá que hacer.

Noto como se sienta a mi lado porque tengo los ojos cerrados y los abro mientras trato de apartarme. Necesito tanto su contacto como sé que debo rehuirlo o explotaré como un millón de fuegos artificiales. Pero su brazo se ancla con firmeza mi cintura y me pega a su costado. Su varonil aroma me intoxica y jadeo presa del deseo de lamerle el cuello y seguir bajando por su pecho. Seguro que nadie nota si me meto bajo la mesa...

Y, de golpe, la vibración cesa. Me remuevo ansiosa, perdiendo de vista cuál era mi objetivo en aquel juego. Con su mano libre coge el móvil y me lo muestra, dejándome ver la aplicación del juguete. Había algún tipo de temporizador para apagarlo y tardo en entender que eso significa que ha pasado el tiempo de la prueba. Pulsa un par de botones y la vibración comienza de nuevo, haciéndome dudar de mi conclusión. Vibra de forma intermitente, con mucha potencia, y me retuerzo en sus brazos olvidando que hay más gente en el lugar.

-Me rindo... -murmuro casi histérica-. Me rindo, me rindo... ¡Las seis! O las siete, no lo sé -lloriqueo.

No aguanto más. Si no voy a llevarme el premio al menos que no me caiga un castigo, pero o me da permiso ya o me voy a correr encima, con permiso o sin él. Pero él se ríe con la voz ronca por la excitación.

-No, pequeña. Ya está: tú ganas. Ahora... córrete para mí -susurra en mi oído.

Su aliento me estremece combinado con su dulce orden y su abrazo me pega a él como si pudiera esconderme del mundo en su regazo. Quizás puede. Cierro los ojos y dejo de luchar. Oculto la cara en su cuello y muerdo su ropa para contener mi voz mientras dejo salir lo demás. El placer sacude mi cuerpo con violencia y se extiende por todo mi ser como una

corriente eléctrica, compensando con creces cada instante de tortura. Su aroma me envuelve y nubla por completo, alejándome de aquel lugar durante infinitos segundos, alargando el éxtasis hasta lo imposible.

Me quedo unos instantes allí, en su medio abrazo, dejando que las últimas sacudidas del terremoto me recorran mientras él apaga el vibrador. Besa mi sien y acaricia mi espalda con mimo mientras a mí me embarga un pesado sueño de pronto. Pero no lo bastante denso como para mantenerme ajena a lo que acabo de hacer. Me cubro la cara con las manos, avergonzada y totalmente convencida de que me han debido oír.

-Me muero -dramatizo abochornada, aún escondida tras la ineficaz máscara de dedos.

-Sería una pena, tenía más planes para hoy.

Gruño y me abrazo a él, deseando muy fuerte poder desaparecer de allí y aparecer cerca de alguna cama sin nadie cerca. He decidido que no me gusta jugar en público: luego hay que ir a casa y eso corta el rollo.

La mano que gentilmente me acariciaba la espalda se cuela bajo mi brazo y me pellizca un pezón por encima de la ropa. El gesto llega directo a mi entrepierna, reavivando el fuego que empezaba a amainar.

-¿Nos vamos a casa? -sugiero cerca de su oído, antes de atrapar el lóbulo entre mis labios, juguetona.

Con un gesto de la mano llama al camarero. Ya me visualizo llamando un taxi y contando los minutos exactos que faltan para estar arrancándonos la ropa a ambos, pero mi ilusión dura poco.

-Otra ronda, si es tan amable.

No hago por disimular mi confusa desolación. Espero que la pregunta implícita sea suficiente, pero él se limita a sonreír con maldad ahora que volvemos a estar solos.

-Pero... ¿Por qué...?

Su sonrisa se hace más amplia y se acomoda en el asiento como si fuera el sillón de su casa, mirándome de esa forma que hace que todo mi cuerpo se estremezca: sabiendo que ocupo

totalmente su atención, como si fuera el ser más fascinante de la Tierra. Y, a pesar de sus malignos juegos, mi corazón se enternece.

-No tengo ninguna prisa.

Y la vibración empieza de nuevo...